

Una biografía al estilo weberiano

Alberto Mayor Mora. *Técnica y utopía (biografía intelectual y política de Alejandro López, 1876-1940)*, Fondo Editorial Universidad EAFIT, Medellín, 2001, 621 pags.

En una bella edición fue publicada la biografía intelectual y política de Alejandro López, escrita por el sociólogo Alberto Mayor Mora. Se sabe que fue un trabajo antecedido por varios años de investigación, por borradores voluminosos, por minuciosas búsquedas que incluyeron las indispensables consultas de información en los lugares donde vivió el personaje biografiado. Me halaga que en los exámenes que antecedieron su publicación, el autor me haya permitido conocer una versión mucho más prolija de esta biografía en la que abundaban ciertas reiteraciones que, sospeché en esa ocasión, se volverían superfluas a la hora de la edición definitiva. De todos modos, no hay lugar a dudas acerca de la exhaustividad que acompañó en todo momento al autor, el tenaz espíritu autocrítico, la comunión que alcanzó con varios colegas para participarnos sus preocupaciones y obsesiones en el estudio biográfico de Alejandro López. Espero que, en mi modesto caso, los comentarios y críticas que le expuse en su momento y que quizás repetiré ahora no hayan influido pérfidamente en la versión que se acomoda ahora en algunos estantes de las librerías colombianas.

La portada es bien intencionada pero el tramado sólo sirve para oscurecer las letras del título. A lo largo de los capítulos se va notando que hubo algunos descuidos en la corrección ortográfica; en fin, piensa uno que a veces la posibilidad de una publicación puede someterse a algunos riesgos y que tanto trabajo precedente queda expuesto a los azares y duendecillos de los procesos editoriales. El material iconográfico que acompaña y precisa la narración es muy pertinente y comprueba que hubo una generosa disposición

por permitir que la biografía se ampliara y se enriqueciera con ese componente gráfico tan indispensable a la hora de reconstruir los rasgos singularizadores y determinantes del personaje y sus entornos más inmediatos. Al final del libro se destacan un apéndice que contiene la genealogía de la familia de los artesanos López y un índice onomástico que se puede considerar imprescindible en este tipo de investigaciones.

Los nueve capítulos de este estudio están divididos en dos partes; la primera, dedicada al período de formación del ingeniero civil y la siguiente concentrada en su obra de ideólogo, de funcionario público, de entusiasta observador y comentarista de la vida económica en una condición raramente cosmopolita, desde su estadía en Londres. Esa parte y todo el libro culminan con el melancólico retorno del personaje a Colombia, después de quince años de residencia en Europa en los que conoció muy de cerca las transformaciones del mundo político y del mundo económico, desde 1920 hasta 1935. La narración de Mayor Mora intenta combinar pasión y razón, el afecto por el personaje con la necesaria interpretación de sus ensayos de ideólogo liberal; intenta combinar la reconstrucción histórica y todas las demás exigencias protocolarias del discurso histórico con la exaltación de la singularidad que parece condensarse en la figura de aquel hombre menudo y oscuro que se elevó sobre las circunstancias adversas de su origen sociorracial para codearse con el exigente ambiente académico europeo y con la clase dirigente colombiana de la primera mitad del siglo XX.

Es interesante observar esta alternativa biográfica en la trayectoria del sociólogo Mayor Mora que, hasta ahora, es más conocido por su clásico estudio de la mentalidad de la clase dirigente antioqueña alrededor del proyecto educativo de la Escuela Nacional de Minas, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (1989). No estamos ante un *tour de force* ni ante una concesión fácil a los ruidos de alguna moda relacionada con el “retorno del actor”, como lo anunciara hace casi un par de décadas Alain Touraine.

Desde aquel libro de Mayor Mora se vislumbraba la necesidad metodológica de, en consecuencia, examinar la trascendencia de Alejandro López. Su protagonismo en el ascenso positivista de la burguesía antioqueña, su influjo como ingeniero civil en la conformación del sistema y ritmo fabriles de comienzos del siglo que recién murió, hacían de Alejandro López un individuo digno de ser examinado en detalle, tanto en su producción teórica como en sus contribuciones prácticas no sólo a la historia local antioqueña sino a la vida pública colombiana. La biografía, en este caso, es más el resultado de un proceso sistemático y singular en la trayectoria de este investigador y no obedece a algún vaivén caprichoso de último momento. Además, como bien lo ha precisado el autor, este estudio biográfico se volvía imperioso ante la comprobada ignorancia de muchos aspectos de la vida teórica y práctica del ingeniero civil antioqueño. De ahí que la biografía no abandone ese carácter restaurador y a la vez revalorador, que intenta representar en toda su complejidad, macrocósmica y microcósmica, una trayectoria individual y, al tiempo, cuestionar juicios tradicionales, semblanzas que habían terminado por arraigarse como estereotipos que ocultaban la complejidad y la variedad de aportes de quien, por burla racial, le decían que sus iniciales I.C. no eran las de un ingeniero civil sino las de un “Indio Civilizado”.

Precisamente, la fatalidad del origen sociorracial de Alejandro López es a la luz de esta biografía uno de los problemas determinantes. Hace parte de los hechos singularizadores del personaje; es alguien que se sobrepone a las circunstancias desventajosas de su origen para reclamar un puesto social, político e intelectual destacado en una sociedad que le ha otorgado preeminencia casi exclusiva al elemento blanco. En ese aspecto es evidente la lucha individual contra las normas y cohibiciones del sistema social en que le tocó vivir. La personalidad, insiste el biógrafo, logra en esa disputa imponer sus propias condiciones; cuando termina, por ejemplo, sus estudios de ingeniería, Mayor Mora afirma de López que “ya no se

sentía fruto de las circunstancias y de las personas, sino que éstas y aquéllas empezaban a sentir el sello de su personalidad". Este combate entre el ser singular y las determinantes estructurales es el meollo de las reconstrucciones biográficas, por no decir que la premisa más obvia.

Este "mulato de la gleba", este artesano mestizo supo elevarse sobre las desventajas de su origen sociorracial para erigirse, en diversas etapas de su vida, en ideólogo de un partido, en pensador económico, en dirigente político local, en organizador empresarial, en inventor, en adaptador creativo de tecnología extranjera. Todo eso logrado gracias a ciertos rasgos singularizadores que le halló su biógrafo: "espíritu indomable", "desprecio ante la injusticia", "deseo de perfección".

Podría decirse que esta es una biografía al mejor estilo weberiano. Me explico: en apariencia, el pensamiento sociológico de Max Weber no inspira la inclinación por los estudios biográficos, pero es bien conocida, reproducida y comentada su idea de lo que les corresponde hacer al sociólogo y al historiador. La sociología "se afana por encontrar reglas generales del acaecer", mientras que la historia -decía el pensador alemán- se "esfuerza por alcanzar el análisis e imputación causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas culturalmente importantes". He allí, sin duda, una puerta de entrada a esa realidad concreta, a esa situación tan singular que ofrece el recurso de la biografía dentro de la disciplina historiográfica. El profesor Mayor Mora, como destacado seguidor de la obra weberiana, ha integrado a su biografía todo lo que en el pensador alemán sirve para explicar el carácter privilegiado de algunas personalidades individuales que logran, mediante su "visión profética" o mediante su "capacidad empresarial", convertirse en dirigentes sociopolíticos, en voceros y realizadores de un proyecto utópico, como parece ser el caso de este "mestizo venido del pueblo" que representaba, sobre todo en su juventud inquieta en Medellín, los anhelos de

dignificación social y de participación política del estamento artesanal al que pertenecía.

Esta biografía no sólo aporta luces en la comprensión de la obra y en la reconstrucción de la trayectoria existencial de este dirigente y pensador liberal. Creo que contribuye a entender cómo algunos intelectuales, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, interpretaron las ideas de nación, raza y pueblo; también sirve para comprender el afán de ascenso social plasmado en el plebeyo López que logra casarse con una “blanca del marco de la plaza” de Medellín; nos presenta nuevos matices acerca de ese entronque, fructífero o estéril, entre socialismo y liberalismo. Algo más, con este estudio sobre Alejandro López se entiende mucho mejor el ascenso político del ingeniero que comienza a formarse desde un nicho artesanal, pasa por la universidad, sigue en la fábrica y en el taller y culmina en puestos de mando público. Estamos ante un tipo de intelectual-ideólogo afirmado por su vocación empresarial, por su impulso casi natural por la eficiencia y, algo todavía más relevante en este estudio, por poseer una propuesta de ética pública. Ética pública que, en este caso, parecía indispensable que se reflejara en la eficacia operativa del Estado interventor, en la presencia modeladora de “un pastor laico” que quería imponer la “ética del servicio sobre la ética del lucro”.

Quizás esta vertiente ética, representada por este ingeniero-profeta (he ahí otra connotación con arraigo weberiano), es el aspecto más reiterado en el libro y a la vez lo que termina por desnudar la condición extremadamente singular de López. Su ética del servicio en la vida pública lo deja expuesto como un individuo solitario que no encuentra acompañamiento en sus exhortaciones de templanza y honradez. La triste historia de su propia profesión, la de ingeniero, en Colombia, es la de un oficio que cayó en las postraciones del afán de lucro, en la incapacidad del hombre para desafiar y doblegar los retos de la naturaleza. Si el ingeniero fue a comienzos del siglo XX el héroe del ascenso burgués, el heraldo del optimismo civilizador y de los lemas del progreso material, poco a poco

se fue diluyendo en un chanchullero más que se acostumbró a esquilmar los recursos del Estado destinados a solucionar las exigencias de obras públicas. Sin duda, buena parte de la mitad del siglo XX está marcada por la incidencia práctica del ingeniero civil, por la huella civilizadora y cívica dejada por algunos egresados de la Escuela Nacional de Minas, pero por alguna causa que merece su particular estudio ese influjo del ingeniero decayó, precisamente, en el rasgo ético que pretende ser el sello de identidad de la personalidad austera de López.

Para los actuales defensores a ultranza del neoliberalismo, a quienes no les importa las cifras evidentes y vergonzosas de su fracaso en América latina, esta biografía da una prueba histórica de que el liberalismo en algún momento quiso hallar en la figura del Estado interventor una alternativa política y económica. Mayor Mora acierta en mostrar en detalle esa faceta de economista autoformado en Europa al lado de figuras tan influyentes en la época como John Maynard Keynes, pero quizás flaquea en no reconstruir el panorama ideológico europeo que después del triunfo y la consolidación del proyecto socialista soviético determinó las puestas en crisis de los partidos liberales en ese continente y en el nuestro. Esas tibias aproximaciones fundadas en el intervencionismo estatal y que aquí, con algún dejo de audacia, se autodenominaron en aquellos años “socialismo de Estado”, tuvieron en López a uno de sus expositores más convencidos. El ingeniero de formación y el economista autodidacta vivió en un tiempo y en un lugar privilegiados para el contraste entre los “dos mundos opuestos” que comenzaban a consolidarse. Desde Londres, varios colombianos y latinoamericanos intentaron asimilar la crisis del liberalismo europeo que veía erigirse la novedad triunfante del socialismo. En este punto, Mayor Mora deja en una extraña soledad a su personaje, como si ignorara o despreciara que fue muy posible el encuentro de López con otro ensayista colombiano que tuvo gran repercusión en nuestra difícil y tímida modernidad cultural, me refiero a la figura de Baldomero Sanín Cano que

también se atrevió, desde su residencia londinense, a incentivar la indispensable aproximación del liberalismo en Colombia a las posturas ideológicas socialistas. Es posible que no haya una prueba documental de la relación entre estos dos antioqueños que se estacionaron algún tiempo en Europa, pero aun así no podría despreciarse un contexto que iba más allá de las reflexiones keynesianas. El ingeniero civil autoformado como economista y luego entregado a las tareas de la burocracia diplomática estuvo en la intensa y cambiante Europa de los vanguardismos artísticos, de las disidencias liberales, de la expansión del voto obrero y eso, por lo menos, no merecía escatimarse dentro de esta biografía calificada de “intelectual y política”.

Sospecho que este libro no reitera su condición de biografía “intelectual” por darle preeminencia a la interpretación cabal de las obras tanto teóricas como prácticas de alguien que cumplió activamente el papel de ideólogo y también de inventor, de alguien que pensó sobre “los fundamentos de la nacionalidad colombiana” e intentó darle una solución creativa a la recepción de tecnología foránea inventando máquinas y diseñando proyectos audaces como el túnel de La Quiebra, tal vez la obra que mejor concretó su ilusionada -¿o ilusa?- confianza en la expansión ferrocarrilera en Colombia. Y también sospecho que se le agrega el adjetivo “política” a esta interesante biografía no tanto porque trata de un individuo que ocupó cargos de representación pública, sino porque su trayectoria lo pone próximo a esa vertiente de ideólogos que nutrió esa ecléctica y enriquecedora inclinación prosocialista del liberalismo colombiano en la primera mitad del XX. Mayor Mora no vacila, entonces, en colocarlo en la tradición liberal popular de un Jorge Eliécer Gaitán, un Gerardo Molina, un Antonio García.

Al final del libro, lo más notorio es, precisamente, el conflicto entre ser intelectual o ser político; la tragedia mesiánica del intelectual que trata de depurar los comportamientos malsanos, corruptos, de la política. El retorno de Europa, visto así, es un fracaso. Su influencia desde la lejanía, agitando ideas novedosas que aparecían

con alguna constancia en la prensa liberal, era más decisiva y satisfactoria que su traumática dirección de la Federación de Cafeteros cuando retornó al país. El intelectual terminó “atrapado por los...vericuetos de la política”, alcanza a afirmar su biógrafo. Mayor Mora también prefiere decir que el ingeniero López languideció sometido a una fuerte ambivalencia de roles incompatibles, algo muy frecuente en esa masa vacilante, fluctuante e intermedia que son los intelectuales. El caso de Alejandro López se vuelve, así, aleccionador y ese es, por tanto, el mérito de la biografía. Está relatado y explicado el devenir de un intelectual que se queda sin asidero, que a la distancia sólo puede ofrecer reflexión ideológica y que al retornar intenta fallidamente conciliar un animo reformador con su pertenencia a la oficialidad partidaria, su condición austera de intelectual con las seducciones de lucro de la política. En él se condensan las limitaciones y los alcances de un tipo de intelectual que desde sus orígenes plebeyos logra elevarse a concepciones superiores de la vida, como habría dicho Antonio Gramsci; en él se condensan los ideales de un intelectual moderno que desplaza hasta cierto punto el protagonismo del tradicional letrado decimonónico, del abogado dedicado a la política como profesión. En él se condensa el deseo de unir política con ciencia y técnica. No creo, por tanto, que el autor de esta obra exagere al concluir que López fue aquel tipo de intelectual que “intentó realizar el ideal de hombre total”.

*Gilberto Loaiza Cano
Profesor Asociado
Departamento de Historia,
Universidad del Valle*